

A stylized illustration of a person with arms raised, holding a large glowing sphere, set against a dark background with a grid pattern. The person is rendered in a dark, textured style, and the sphere is a bright, glowing orange-yellow. The background is a dark brown with a light brown grid pattern.

II. Los nuevos movimientos sociales

2.1. Entre nuevos y viejos esquemas

En la primera mitad del siglo XX, tuvieron mayor impacto y prevalencia los movimientos sociales llamados clásicos o tradicionales. Estos incluyeron los movimientos campesinos, el movimiento obrero y los movimientos políticos (nacionalistas, populistas, democrático-liberales, comunistas) que impulsaron las luchas antiimperialistas de liberación nacional o las luchas contra las dictaduras. También hicieron parte de éstos, los movimientos estudiantiles, que jugaron un papel decisivo frente a la movilización política e impulsaron importantes reivindicaciones.

Los movimientos de los trabajadores-as situaron su contradicción principal en la relación capital-trabajo, su identidad colectiva se construyó en la condición de obreros-as y sus objetivos estratégicos -revolución o reforma- estaban ligados al salario. Por otra parte, los movimientos políticos tuvieron como adversario, y según fuera el caso, al imperialismo y a los regímenes dictatoriales, su objetivo estratégico fue la toma del Estado.

A partir de la década de los sesenta, el universo de los movimientos sociales comenzó a cambiar con las luchas por los derechos civiles y los movimientos estudiantiles anti-guerra. Emergieron nuevos actores sociales que convirtieron el consumo colectivo de las ciudades en un asunto político, nuevos movimientos sociales fueron la expresión más visible de la disconformidad y protesta de las ciudadanas y los ciudadanos y se constituyeron a la vanguardia de nuevos comportamientos y actitudes. Las luchas obreras en un principio, y después, el ecologismo, el pacifismo, el anti-militarismo, el feminismo, la exigencia de una democracia más participativa y los nacionalismos demuestran la diversidad de las reivindicaciones de los

grupos humanos, su persistencia y siempre vigente actualidad.⁴⁴

El concepto de movimientos sociales se ha construido desde la década de los setenta, su consolidación está en íntima relación con el fracaso de las formas organizativas tradicionales del movimiento obrero en su objetivo declarado de destruir el capitalismo, y en el desprestigio definitivo del "socialismo real" como opción deseable por parte de quienes anhelaban una transformación social.⁴⁵

"El término movimientos sociales no ha podido ser objeto de una definición unívoca y "objetiva", como es el caso del movimiento obrero y, al quedarse en una mera extrapolación del mismo, ha estado siempre sumido en la ambigüedad. Esto ha obligado a utilizarlo de forma extensiva, a aquellos fenómenos sociales que pudieran tener en común el carácter de "movimiento", en el sentido de "voluntad de transformación social". Así, se habla de movimiento ecologista, movimiento feminista, movimiento pacifista, términos todos que podrían describir fenómenos sociales de la misma índole, es decir, conjuntos diversos de experiencias, teorías y agrupamientos sociales en torno a determinadas ideas-fuerza; pero también, se habla de movimiento campesino y de movimiento estudiantil, definidos, al igual que en el caso del movimiento obrero, por el papel social de sus protagonistas."⁴⁶

Paradójicamente, parece que esta ambigüedad es la misma que ha permitido alimentar la esperanza de nuevos sujetos de transformación.

En la categoría de nuevos movimientos sociales se describen y analizan el conjunto de redes de interacción informales establecidas por una pluralidad de individuos, grupos y organizaciones, involucrados en torno a conflictos culturales o políticos, sobre la base de identidades colectivas compartidas. La identidad colectiva es producto de la construcción social de grupos de personas, lo que implica la presencia de unos fines y unos medios, diversas visiones consensuadas o divergentes del conflicto y un cierto grado de compromiso emocional, que posibilita el que sus activistas se sientan parte de una colectividad que actúa unida.⁴⁷

En principio, las metas de los movimientos sociales se encuentran orientadas a los temas de la calidad de vida y a la defensa de estilos de vida particulares, más que a la redistribución económica de los recursos. De ahí, que los valores que impulsan los nuevos movimientos sociales se vinculan estrechamente con la defensa de identidades particulares. Ésta es una de las razones por las que no existe un movimiento que sobresalga por encima de todos los demás y que represente de manera general a la clase oprimida concebida como sujeto único, sino que hayan una pluralidad de movimientos que coexisten y cooperan entre sí y cuya significación no puede describirse en términos de antagonismo de clases.

En lo referente a la base de apoyo, mientras los movimientos antiguos sostenían una

base clasista con intereses económicos definidos, los nuevos movimientos sociales se articulan con militancia interclasista y fluida, lo que provoca un discurso general que no se dirige a ningún grupo en particular. La base social de los nuevos movimientos, en vez de fundarse en la clase, se funda en la identidad de sexo/género, etnia o nacionalidad, y a esto debe agregarse que las identidades de grupo tienden a construirse sobre la base de valores compartidos a través de una identificación ideológica.

Para comprender las movilizaciones sociales y políticas de la Ruta Pacífica de las Mujeres, es pertinente retomar algunos de los planteamientos desarrollados por Manuel Castells, acerca de los nuevos movimientos sociales.

Para el citado autor, la revolución de las tecnologías de la información y la reestructuración del capitalismo "han inducido una nueva forma de sociedad, la sociedad red." La sociedad red se caracteriza por la globalización de las actividades económicas decisivas, por su organización en redes, por la flexibilidad e inestabilidad del trabajo y su individualización, por una cultura de la "virtualidad real" y por "la transformación de los cimientos materiales de la vida, el espacio y el tiempo mediante la constitución de un espacio de flujos y del tiempo atemporal". En estas nuevas dinámicas la información tiene un peso central.⁴⁸

Castells considera, en relación con la globalidad de la sociedad en red, que existe una reacción de la identidad, se trata de la contraposición de la singularidad cultural, la individualidad personal y el control de la vida propia frente a la tendencia globalizante.

El desafío de las identidades frente a la globalidad se expresa en un gran número de movimientos sociales propios de nuestra época, que Castells clasifica en dos grupos: los proactivos, que afirman sus identidades colectivas en contra del orden global y buscan transformar las relaciones humanas en su nivel más fundamental, como el feminismo y el ecologismo; y los reactivos, que construyen trincheras de resistencia en nombre de Dios, la nación, la etnia, la familia, la localidad, es decir, las categorías fundamentales de la existencia, amenazadas con el asalto combinado y contradictorio de las fuerzas tecno-económicas y los movimientos sociales transformadores⁴⁹.

Para definir los movimientos sociales Castells propone: En primer lugar, los movimientos sociales deben comprenderse en sus propios términos, es decir, son lo que dicen ser, sus prácticas políticas, en especial sus prácticas discursivas son su autodefinición. En segundo lugar, los movimientos sociales pueden tener prácticas sociales conservadoras o revolucionarias, o ambas a la vez o ninguna de las dos, es decir, que desde una perspectiva analítica, no hay movimientos sociales malos ni buenos, todos son resulta-

do de la sociedad y chocan con las estructuras sociales. En tercer lugar, un movimiento social se define mediante tres principios: uno, la identidad del movimiento, que hace referencia a su autodefinición, lo que es y a nombre de quién habla; dos, el adversario, hace referencia al principal contradictor del movimiento, según es identificado por él de forma explícita; y tres, el objetivo social, que se refiere a la visión que tiene el movimiento del orden social o estructura socio-política que desearía construir en un horizonte histórico de su acción colectiva.⁵⁰

Para el autor, los movimientos sociales son acciones colectivas conscientes cuyo impacto transforma los valores y las instituciones de la sociedad. Y este impacto no depende de sí sus acciones son progresistas y regresivas, porque en definitiva todos los cambios generados contribuyen a construir la realidad.

Uno de los elementos clave de los movimientos sociales es la construcción de la identidad, que se realiza mediante un atributo cultural o un conjunto de atributos culturales, que los sujetos organizan y priorizan en el transcurso de su experiencia y su acción. La identidad es la fuente de sentido y experiencia para las personas, de manera que en momentos de crisis, las identidades se construyen de nuevo. Para Castells, quien construye la identidad colectiva y para qué, determina en buena medida su contenido simbólico y su sentido para quienes se identifican con ella o se ponen fuera de ella.

En función de ello, y de que la construcción social de la identidad siempre tiene lugar en un contexto marcado por las relaciones de poder, Castells propone tres orígenes y formas para crear identidad: la *identidad legitimadora*, introducida por las instituciones dominantes de la sociedad para extender y racionalizar su dominación frente a los actores sociales; la *identidad de resistencia*, generada por aquellos actores que se encuentran en posiciones/condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que construyen espacios de resistencia; y la *identidad proyecto* cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y al hacerlo buscan la transformación de toda la estructura social. Este es el caso, por ejemplo, de las feministas cuando salen de los espacios de la resistencia de la identidad y los derechos de las mujeres para desafiar al patriarcado. Las identidades legitimadoras generan una sociedad civil, las de resistencia generan comunas o comunidades y las de proyecto engendran sujetos.⁵¹

Castells analiza las tres grandes crisis de identidades de este final de siglo: la crisis del patriarcado, la crisis del estado-nación y la crisis de la democracia. Sólo haremos referencia a la crisis del patriarcado, ello contribuirá a contextualizar y comprender las movilizaciones de la Ruta Pacífica y el movimiento feminista.

El patriarcado es considerado como la estructura básica de todas las sociedades contemporáneas, caracterizado por la autoridad impuesta desde las instituciones de los varones sobre las mujeres y las hijas-os en la familia. Para que esta autoridad se ejerza, el patriarcado domina toda la organización de la sociedad, de la producción, el consumo, la política, el derecho y la cultura. Las relaciones interpersonales, y por tanto la personalidad, están marcadas por la dominación y la violencia que se construye en la cultura y en las instituciones del patriarcado.⁵²

Castells, junto con otras/os investigadores, afirma que durante las tres últimas décadas se ha producido una transformación de la conciencia de las mujeres y de los valores sociales: *"la revolución más importante. (...) Y es irreversible"*. Para él, el proceso que resume y concentra esta transformación es la crisis de la familia patriarcal. En esta crisis de la familia, la liberación de la mujer no es el único fenómeno que afecta al patriarcado: *"la repercusión de los movimientos de gays y lesbianas"* sobre el mismo *"es devastadora"*.

Para el autor, los factores vinculados al patriarcado en los dos últimos siglos –matrimonio, familia, heterosexualidad y expresión sexual– están ahora en proceso de hacerse autónomos. La revuelta de las mujeres contra su condición, inducida y permitida gracias a su integración masiva en el mercado de trabajo, y los movimientos sociales de identidad sexual, han puesto

en entredicho la familia nuclear patriarcal y la capacidad de sus miembros de ejercer los roles tradicionales. Por otro lado, y al mismo tiempo, el cambio tecnológico en la reproducción biológica ha permitido disociar la reproducción de la especie de las funciones sociales y personales de la familia. Pero hay un factor añadido, la quiebra de la familia patriarcal que está dando paso a la normalización de la sexualidad, también está generando, según Castells, *"la difusión de la violencia sin sentido en la sociedad a través de los callejones traseros del deseo desenfrenado, es decir, la prevención."*⁵³

Este contexto sobre la crisis del patriarcado como sistema de construcción de identidad, brinda elementos para entender la relevancia del movimiento de mujeres y de la Ruta Pacífica como organización feminista.

Los nuevos movimientos sociales pueden ser decisivos como salida a la situación planteada en las sociedades globalizadas, que, frente a la presión aparentemente irresistible de los grupos que controlan la globalización económica y política, se atreven a situarse fuera de la cultura establecida y a ofrecer un sistema de valores completamente diferente, construyendo nuevos códigos culturales y nuevas identidades. Castells resalta tres rasgos fundamentales de los nuevos movimientos sociales y su relación con la Internet:

- En la sociedad hay un salto de los movimientos sociales organizados a los

movimientos sociales en red, sobre la base de coaliciones en torno a valores y proyectos. La Internet es la estructura organizativa y el instrumento de comunicación que permite la flexibilidad y la temporalidad de la movilización, pero manteniendo al mismo tiempo un carácter de coordinación y una capacidad de enfoque de esa movilización.

- Los movimientos sociales se desarrollan, cada vez más, en torno a códigos culturales, a valores. Existen movimientos sociales reivindicativos tradicionales, pero los movimientos más importantes -medio ambiente, ecologismo, mujeres, derechos humanos- son movimientos de valores, por lo tanto, son movimientos que dependen sobretodo de la capacidad de comunicación y de la capacidad de llevar a cabo un reclutamiento de apoyos y de estímulos mediante la llamada a valores, principios e ideas. En este sentido, la Internet es fundamental ya que la transmisión instantánea de ideas en un marco muy amplio permite la coalición y la agregación en torno a valores.

- La Internet permite la articulación de los proyectos alternativos locales mediante protestas globales, que acaban aterrizando en algún lugar del planeta, por ejemplo, en Seattle,

Washington, Praga, entre otros, pero que se constituyen, se organizan, y se desarrollan a partir de la conexión Internet, es decir, conexión global de movimientos locales y de vivencias locales. La Internet es la conexión global-local, es la nueva forma de control y de movilización social en las sociedades globalizadas.

Los antecedentes del uso de Internet por parte de los movimientos sociales, son descritos por Castells al referirse al movimiento revolucionario zapatista de Chiapas, México. El movimiento zapatista se convirtió, en 1994, en la primera guerrilla informacional utilizando hábilmente Internet y al obtener resonancia en los medios de comunicación mundiales.

"...El éxito de los zapatistas se debió en gran medida a su estrategia de comunicación hasta el punto que cabe denominarlos la primera guerrilla informacional. Crearon un suceso en los medios de comunicación para difundir su mensaje, mientras trataban desesperadamente de no verse arrastrados a una guerra sangrienta. Por supuesto, hubo muertes reales y armas reales, y Marcos y sus camaradas estaban dispuestos a morir. No obstante, la guerra real no era su estrategia. Los zapatistas utilizaron las armas para hacer una declaración, luego explotaron la posibilidad de su sacrificio ante los medios de comunicación mundiales para obligar a la negociación y presentar un número de demandas razonables que, como parecen indicar en las encuestas de opinión, encontraron un amplio respaldo en la sociedad mexicana en general."⁵⁴

En la misma línea Alain Touraine señala que los nuevos movimientos sociales no apuntan directamente al sistema político, sino que más bien intentan constituir una identidad que les permita actuar sobre sí mismos y sobre la sociedad.

Otro importante teórico de los nuevos movimientos sociales, Alberto Melucci, construye su análisis a partir de una crítica de las diversas teorías que se han elaborado acerca de las acciones colectivas. En su opinión, éstas adolecen de la capacidad de explicar los fenómenos de la sociedad contemporánea, que es una sociedad compleja en la que los nuevos movimientos sociales desplazan sus objetivos de lo político hacia las necesidades de autorrealización de los actores en su vida cotidiana.⁵⁵

Desde el punto de vista de Melucci, lo que caracteriza a las sociedades complejas es la existencia de nuevas prácticas y tipos de acción en donde el manejo de información es central para su estructuración. El dominio en las sociedades complejas descansa en un constante flujo de información. La acción colectiva se ubica en el ámbito cultural y en un mundo regido por el dominio de la información, los movimientos sociales tienden a cumplir la función de signos que tornan visible la existencia de problemas en ciertas áreas de la sociedad, y cuestionan los códigos simbólicos dominantes introduciendo

nuevos significados sociales. De ahí que los movimientos sociales puedan convertirse en significados alternativos a los códigos simbólicos dominantes.⁵⁶

Una de las características más sobresalientes de los nuevos movimientos sociales, siguiendo a Melucci, es que ellos cambian su terreno de acción del terreno propiamente político al terreno cultural; por un lado, existen movimientos sociales orientados a la acción política cuyas metas están dirigidas a modificar la sociedad en relación con el ejercicio del poder político a través de acciones instrumentales; por otro lado, existen movimientos sociales cuyas actividades se desarrollan en el terreno cultural y buscan cambiar la mentalidad y el comportamiento de los individuos.

Para Melucci los nuevos movimientos sociales no son acciones colectivas fuertemente organizadas, se originan en redes informales que los actores establecen en su vida diaria. En esas redes, los actores ensayan y ponen en práctica significados alternativos a los que les ofrece el discurso dominante. En un momento dado esos significados alternativos pueden alcanzar la forma de un movimiento social (dejan de ser privados y se hacen públicos) y desafiar a los significados dominantes. El conflicto tiene lugar, principalmente, en un terreno simbólico, mediante la subversión y perturbación de los códigos

dominantes sobre los que se fundan las relaciones sociales.⁵⁷

Los planteamientos de Manuel Castells, Alberto Melucci y Alain Touraine permiten comprender el movimiento feminista colombiano como un conjunto de redes de interacción social establecidas por una pluralidad y diversidad de mujeres, grupos y organizaciones, vinculadas en torno a conflictos culturales y políticos, sobre la base de identidades y subjetividades compartidas. Sus prácticas políticas y discursivas son diversas pero han estado dirigidas fundamentalmente a la redefinición de las subjetividades femeninas, la constitución de ellas como sujetos de derechos, la defensa de sus derechos, la eliminación de la violencia contra las mujeres, la lectura crítica al sistema socio-sexual patriarcal, es decir, a analizar y comprender la situación de opresión y subordinación de las mujeres como un problema de poder político.

2.2. El movimiento feminista constructor de nuevas subjetividades

El desarrollo y consolidación del movimiento feminista y del movimiento social de mujeres en Colombia, responde a ciclos y dinámicas propias, sin embargo, no es ni ha sido un hecho aislado, se encuentra ligado a las condiciones sociales, políticas y económicas nacionales e internacionales.

Diversas situaciones han determinado el movimiento social de mujeres en Colombia: el anhelo de muchas mujeres por ser escuchadas luego de largos años de silencio; la creciente conciencia y participación de mujeres que, desde su identidad como gestoras de su vida, desean construir una sociedad más justa y democrática; el reconocimiento de ciertos sectores de la sociedad civil y de la sociedad política del quehacer y de la presencia de las mujeres; la comprensión de que la situación de las mujeres ha rebasado los viejos esquemas tanto en el plano de la política como en el de la organización de la vida cotidiana; la vinculación y participación de las mujeres y de los grupos de mujeres en eventos internacionales, en los cuales el punto de partida ha sido el análisis de su situación en el contexto del continente.

El movimiento social de mujeres en Colombia también ha sido determinado por los procesos de globalización de la sociedad colombiana, la formulación de políticas sociales y económicas en el ámbito estatal tendientes a elevar el nivel de vida y de participación de las mujeres, y por las orientaciones de las agencias de cooperación internacional al desarrollo que han jugado un papel importante; Igualmente, es progresiva la importancia dada a la investigación sobre el tema y la vinculación de académicas a la reflexión y estudio sobre el movimiento social de mujeres.

La creciente y nada nueva conciencia de las mujeres sobre la carencia de la historia para

registrar, analizar y valorar su presencia, es uno de los factores determinantes más fuertes del movimiento social de mujeres en Colombia. Ofelia Uribe de Acosta afirma:

"Ciertamente al surgir a la vida como sujeto de derecho, la mujer encuentra un extraño escenario fabricado por los hombres, con sus autores, directores, tramoyistas, consuetas, etc. para representar la opereta ideada y escrita por ellos y en donde apenas se le hace a la mujer el honor de asignarle un secundario papel en los coros... Pero los varones, que han construido los gobiernos, elaborado las leyes, construido el escenario y amaestrado los personajes para la representación de la farsa que a ellos les place, han escrito también la historia por cuyo filtro, cuidadosamente elaborado, apenas pasaron algunos nombres de mujeres que por su genial talento y capacidad de acción marcaron época."⁵⁸

Afortunadamente, la situación planteada por Ofelia Uribe de Acosta ha empezado a cambiar no sólo porque las mujeres nos hemos empeñado en desviar el rumbo de la historia, sino también, porque el desarrollo económico y político posibilita y necesita una mayor participación de la mujer en la economía, la política, los medios masivos de comunicación, entre otros.

"Profundas han sido las modificaciones personales y sociales; en la intimidad y en lo público, con las cuales más y más mujeres nos convertimos en seres individualizados y autónomos. Somos mujeres dispuestas a vivir en el bienestar, a identificarnos y unirnos como género, a reconocer simbólicamente y prácticamente, tanto la semejanza y la diferencia con el otro

género, como las similitudes y las diferencias de convergencia y divergencia debidas a otras identidades que compartimos con mujeres y hombres."⁵⁹

Sin embargo, y a pesar de esta nueva disposición de las mujeres, no se han operado cambios sustanciales en la valoración social y en el papel que la mujer desempeña en la sociedad y en la familia; largo es el camino que falta por recorrer en la transformación de valores culturales que permitan ver a la mujer como un ser individualizado y autónomo. La lucha de las mujeres recorre un camino, deja huellas y lo más importante, es un hecho social, político e histórico irreversible. En estos últimos años se presencian transformaciones -y no sólo de las que estallan-, "sino también de aquellas que ocurren y que simplemente convulsionan la cotidianidad de cientos de sujetos."⁶⁰

Para una mejor comprensión del movimiento feminista se introduce a continuación, una mención a las dinámicas más significativas de sus prácticas sociales y políticas, a partir de la década de los sesenta hasta inicios del siglo XXI. Estos períodos no deben ser vistos de forma lineal o como un proceso acabado, cada uno de estos momentos históricos debe ser comprendido como un proceso dialéctico, marcado no sólo por las dinámicas del movimiento, sino también, por la realidad socio-política nacional e internacional. En cada uno de estos momentos, mujeres de diversas procedencia étnica, opciones sexuales, posiciones políticas, eco-

nómicas y religiosas, a través de diferentes prácticas y con metas diversas, pero con la misma situación de opresión y subordinación, se dieron a la tarea de construir una identidad colectiva, definir su contradictor, y construir un proyecto político que permitiera la transformación de sus vidas y de la sociedad.

2.2.1. Definición de identidad y de contradictor

A partir de 1970, surgen en Colombia una variedad de grupos feministas de diversas tendencias, se rompe el muro de la privacidad y se ponen en el espacio público temas como la sexualidad, el aborto, la libertad para decidir sobre el cuerpo. Se dan los primeros pasos para los grupos de autoconciencia, pero simultáneamente algunos partidos políticos miran con asombro y temor el movimiento en gestación y plantean la urgencia de ganar a las mujeres para sus organizaciones.

Aunado al renacer de la conciencia feminista, se da otro elemento importante, regresan al país varias mujeres, luego de terminar sus estudios de especialización en Norteamérica y en Europa. Estas mujeres estuvieron vinculadas al movimiento feminista en los países donde estudiaron y aportaron a los grupos nacionales y al movimiento, no sólo las discusiones teóricas, sino también la experiencia de su militancia feminista.

Para 1976 la conciencia feminista se cristaliza en el nacimiento de un sinnúmero de grupos en ciudades como Cali, Medellín y Bogotá. Estos grupos se comprometen, entre otras cosas, con un accionar en el campo de la cultura, consignas como "*Mi cuerpo es mío*", "*Toda penetración es imperialista*", "*Diosa es negra*", empiezan a aparecer en las calles, en folletos y en publicaciones, y a generar en algunos círculos sociales debates sobre el feminismo, debates que en la mayoría de las veces fueron moralizantes y excluyentes con las mujeres que participaban o compartían las ideas expuestas por los grupos feministas.

A finales de la década de los setenta, las actividades de los grupos feministas crecieron progresivamente, las discusiones se hicieron cada vez más radicales y se generaron debates sobre los grupos de autoconciencia, el lesbianismo, la doble militancia, la autonomía, el aborto, la cotidianidad, el sentido de la familia, la relación de pareja, el poder, la salud reproductiva de las mujeres. Las discusiones también tocaron los centros de autoayuda y su sentido político para las mujeres colombianas.

En este período se dio un debate importante al interior de los partidos políticos. Mujeres socialistas se retiraron de su partido planteando la necesidad de autonomía de la organización de las mujeres, criticaron el verticalismo y propusieron en la discusión la división social del trabajo dentro de las

organizaciones políticas, división que instalaba a las mujeres en actividades accesorias y de segundo orden.

Esta situación permitió no sólo la confrontación con los varones de los partidos, sino también, con las mujeres, dándose una lucha abierta y frontal entre el feminismo autónomo, los partidos y las organizaciones de izquierda. Para algunos-as, los planteamientos de las mujeres las dividía y las lanzaba a una lucha propiciada por el imperialismo y por las mujeres pequeño burguesas. Para otros, la lucha básica, importante e impostergable, era la lucha de clases. Para los partidos tradicionales ni siquiera esto era motivo de atención y discusión.

Los debates de finales de la década de los setenta tuvieron como escenario -para ampliarse y confrontarse con otras experiencias latinoamericanas y caribeñas-, el *I Encuentro Latinoamericano y del Caribe*, realizado en Bogotá, en 1981 y organizado por los grupos feministas colombianos. Durante el Encuentro, las discusiones sobre la doble militancia, la sexualidad, el aborto, la opción sexual y la lucha de clases ocuparon un lugar privilegiado y saltaron del plano vivencial a una reflexión teórica, estratégica y organizativa.

La experiencia del I Encuentro Feminista permitió fortalecer las discusiones, los procesos de maduración, la cualificación. Además, posibilitó tender lazos de cercanía

entre los grupos de América Latina y del Caribe, se inició una comunicación fluida que abrió las puertas para participar en los diferentes eventos que en el ámbito regional y continental se organizarían a partir de 1981.

El Encuentro de Bogotá, fue:

"... La posibilidad de una primera vez, una primera apertura al mundo desde el feminismo latinoamericano... tiene la magia de los comienzos y en este sentido, es también único, irrepetible... Bogotá marcó el tiempo de la recuperación del espacio de las mujeres, marcó el momento de un ordenado asalto al orden; el tiempo de trabajo se hace canto y fiesta, la razón es desacralizada y puesta en su lugar; se vislumbra empobrecida y se la enriquece... Bogotá es la primera experimentación vivida de ese gigantesco estar juntas las mujeres. Fue la primera vez que se reventaron las expectativas".⁶¹

El Encuentro Feminista marcó para las feministas colombianas la seguridad de que era posible salir del cascarón y proyectarse a otros sectores de mujeres y de la sociedad. Fue la certeza de que se estaba haciendo camino en la transformación de la situación de la mujer. Después del I Encuentro se formaron los primeros centros de mujeres en Cali, Medellín y Bogotá, dedicados a producir información, prestar servicios legales, médicos, documentación, publicaciones, entre otros.

Una de las acciones fundamentales fue impulsar y ganar espacio para fechas importantes del feminismo como: el 8 de marzo, *Día Internacional de la Mujer*; 28 de mayo, *Día de Acción Internacional por la Salud de la Mujer*

(nace en Costa Rica, en el marco del V Encuentro Internacional de la Salud de las Mujeres, organizado por los grupos feministas); 25 de noviembre, *Día Internacional de No a la Violencia contra la Mujer*, que surge en el marco del I Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe.

En estos años se perfilaron tendencias entre los grupos de mujeres destacándose las mujeres de partido, las mujeres radicales y las "moderadas".

Las mujeres "radicales" fueron estigmatizadas y sancionadas en el ámbito social y política, pues plantearon de manera abierta la libre opción sexual, debatieron y asumieron el amor y la sexualidad entre mujeres, iniciaron los grupos de autoconciencia, la experiencia de la vida colectiva y el debate sobre el poder patriarcal. Las mujeres radicales fueron pioneras, se caracterizaron por su valentía para plantarse ante el mundo y vivir libremente su sexualidad, su opción frente a la maternidad, reflexionar y discutir la reproducción y la sexualidad como tema político y contribuir en la construcción de un camino para el movimiento de mujeres de los años ochenta. Por supuesto, el aporte de las otras tendencias también generó cambios y situaciones que crearon las bases para el movimiento social de mujeres de la actualidad.

El movimiento feminista de esta década, construyó una identidad colectiva asociada

a la situación de subordinación y opresión de las mujeres en un sistema socio-sexual patriarcal, y caracterizó este sistema como su contradictor principal.

Lo que hizo posible que el movimiento feminista se constituyera fue el hecho de que las organizaciones, grupos, redes y mujeres compartieran creencias, prácticas políticas, sociales e identidades que se constituyeron en una identidad feminista colectiva y dieron sentido a la práctica política de las mujeres. Esta práctica política tuvo como modalidad primera el intercambio de la palabra, de la experiencia y del deseo de modo que pudiera tener un curso social.

Se partió de sí, "de las contradicciones vividas en primera persona, no para quedarse en sí ni para absolutizar la propia experiencia sino para llevarse a lo vivo del intercambio social".⁶² Los inicios de construcción de una práctica del partir de sí permitieron a las mujeres la mediación entre sí mismas y la realidad, superando la inmediatez y avanzando en el reconocimiento de la autoridad femenina, de las disparidades y de las diferencias entre las mujeres.

Por supuesto, fue una década en la que el feminismo fue tildado de llevar a cabo prácticas separatistas, desconociendo la importancia de las prácticas políticas de "hacer centro", es decir, llegar al corazón de cada una hasta dirigirse al corazón de la sociedad para liberar el deseo y las energías femeni-

nas y ponerlas en circulación en el mundo, como una manera de romper con la “tendencia femenina de “acurrucarse” en el puesto secundario, grupal, pasivo y separado.”⁶³

En este sentido, y esto es lo importante, la relación entre las mujeres no fue el camino hacia el separatismo ni el camino a la política de género, fue el inicio de una política para sí. “La separación -no el separatismo que es ideológico- es también una categoría del pensamiento que tiene encarnación social y que crea procesos autónomos y asimétricos por los que, por ejemplo, las mujeres saben que no tienen que ir donde cualquiera que las llame, ni responder cada que son interpe-ladas. Las que lo quieran que lo digan y que lo hagan, en primera persona por sí mismas, sin el revestimiento de decir y de hacer por esas otras que callan.”⁶⁴

Las vindicaciones de esa década se situaron principalmente en el terreno de lo simbólico, con la pretensión de subvertir y perturbar los códigos dominantes sobre los que se fundan las relaciones socio-sexuales entre varones y mujeres en la sociedad patriarcal colombiana; se constituyeron las bases para las redes informales entre mujeres, ensayando y poniendo en práctica significados nuevos que trataban de romper con el mandato patriarcal sobre el deber ser de las mujeres y sobre las formas de hacer política; se impulsaron prácticas de “ajenidad” de la política tradicional, ajenidad que en ningún momento implicó autoexclusión de la vida

política, muy por el contrario, lo que se buscó fue mostrar y demostrar que las mujeres feministas estaban dispuestas a transformar la política incluyendo aspectos del mundo privado como cuestión política.

2.2.2. Tensiones entre lo público y lo privado definiendo un proyecto político

La década de los ochenta recogió el acumulado de las vindicaciones feministas y heredó discusiones y contradicciones no resueltas en el feminismo. Algunos de los temas de discusión fueron: identidad y autoestima de las mujeres, la violencia contra ellas, la libre opción a la maternidad, la sexualidad, los derechos reproductivos y sexuales, la calidad de la vida, el sistema socio-sexual patriarcal, la democracia, el derecho a la vida, los derechos humanos y la paz.

En esos años comenzó a ser tema de debate y contradicción, la interlocución del movimiento social de mujeres con el Estado. Esta discusión no estaba puesta sobre si el Estado debía existir o no, tenía que ver, con el análisis del papel del Estado como sustentador de un sistema socio-sexual patriarcal y con la posibilidad que desde allí se pudieran generar transformaciones reales, que dieran fin a la situación de subordinación y opresión de las mujeres.

La relación con el Estado se constituyó en uno de los temas centrales del debate, tanto por las influencias del movimiento feminista en el ámbito internacional como por las realidades que se vivían en la nación: procesos de negociación con la guerrilla, violación sistemática de los derechos humanos, desaparición y asesinato de líderes sociales, y propuesta de reforma a la Constitución.

En este tiempo no era tan claro y aceptado para el movimiento social de mujeres, que su capacidad o incapacidad para institucionalizar sus vindicaciones y valores dependería de su relación con el Estado, aparato que se ha constituido –a lo largo de la historia– en el último recurso del patriarcado. Sin embargo, las demandas que el feminismo planteaba estaban dirigidas a las raíces de las instituciones de dominación y se establecen en el “momento preciso en que el Estado parece encontrarse en plena crisis estructural, producida por las contradicciones existentes entre la globalización de su futuro y la identificación de su pasado.”⁶⁵

En la década de los ochenta el movimiento feminista ganó espacio, pero sus formulaciones teóricas, metodológicas y estratégicas necesitaban ser definidas y delineadas con mayor precisión y claridad. Sus demandas, ambiguas y a veces contradictorias, expresadas tanto a través de formas tradicionales como de nuevas y creativas maneras, marcaron dinámicas que apenas en la actualidad se concretan en posiciones y acciones en

torno a la transformación de la situación de subordinación y opresión de las mujeres en el contexto de la realidad nacional.

En estos años se fortalecieron los centros de mujeres, se crearon profundos lazos entre mujeres de distintos grupos y organizaciones, colectivos de académicas impulsaron transformaciones en las instituciones universitarias, editaron revistas y publicaron materiales sobre temas relacionados con las problemáticas de las mujeres, además, se consolidaron alianzas con diversos sectores sociales y políticos.

Igualmente, el feminismo se pronunció sobre múltiples problemas del contexto socio-político colombiano, ganó presencia en las instituciones de la sociedad, realizó conexiones en el ámbito nacional e internacional y se caracterizó como un movimiento vital, flexible y diverso. Los grupos, organizaciones e iniciativas feministas establecieron una dinámica que les permitió nutrirse mutuamente a través del debate entre sí, a veces acalorado, y en el que se sostenían un flujo permanente de vindicaciones, presiones e ideas sobre la situación de opresión y subordinación de las mujeres.

En los ochenta se perfilaron más claramente las discusiones y las contradicciones entre la política que parte de sí y la política de representación y participación en los espacios del poder patriarcal. En la política que parte de sí la palabra de las mujeres

es el pilar del intercambio entre ellas, palabra que no dice sólo de la experiencia y la subjetividad, sino que permite mediar entre subjetividad y contexto, entre sí y el otro sí. La palabra se constituye en el pilar de ese doble movimiento entre dentro y fuera, entre lo privado y lo público, punto cardinal en la política feminista. La política de representación y participación está en consonancia con el sujeto individual y colectivo, y con el cómo y el por qué de la posición de las mujeres en la sociedad y en la cultura, pero se ancla en una representación “genérica” de las mujeres que no contribuye a la articulación de la singularidad y del intercambio. Las discusiones y contradicciones entre la política de sí y la política de representación aun siguen presentes en el movimiento feminista y en el movimiento de mujeres.

El desarrollo y crecimiento del feminismo es tan desigual como desigual es el desarrollo del país, atravesado por crisis y transformaciones, conviviendo con las inequidades políticas, económicas, regionales y étnicas, con las situaciones de violencia en la casa y en la sociedad. El feminismo, por su parte, ha estado marcado por la crisis de las ideologías, por los modelos económicos que han polarizado a estados y naciones, por la crisis del Estado y la legitimidad de las instituciones colombianas, por el quebrantamiento de los valores éticos, de la razón y de la objetividad de los partidos tradicionales. Su desarrollo se cruza con la

realidad del continente y la coexistencia entre la modernidad y la post modernidad.

2.2.3. Lucha por la paz y el intento de proyección política

La década de los noventa inicia para el movimiento feminista y el movimiento social de mujeres, con una amplia y decidida participación en los procesos previos de la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente. Múltiples fueron las actividades y las alianzas que realizaron las organizaciones y grupos a través del Colectivo de Mujeres de Bogotá y de la Red Mujer y Constituyente y de grupos y organizaciones en las principales ciudades del país como en Medellín y Cali.

La presencia de las mujeres en el proceso de la Asamblea fue producto de tres años de trabajo, y previa a ella, diecisiete grupos de mujeres de diversas posiciones políticas presentaron, durante el gobierno de Barco, propuestas para la reforma a la Constitución que incluían la eliminación de toda forma de discriminación familiar, laboral, política, religiosa, cultural y sexual, y la abolición del concordato entre la iglesia católica y el Estado colombiano.

En Colombia, el accionar de las mujeres en contra de la guerra y en favor de la paz ha sido amplio y diverso, abarca creativas

manifestaciones y propuestas que van desde las expresiones en contra de la guerra, las marchas por la vida, las denuncias en el ámbito nacional e internacional, pasando por la creación de espacios de diálogo y concertación hasta la elaboración de propuestas para la construcción de la paz.⁶⁶ A mediados de siglo XX, Ofelia Uribe de Acosta, reconocida líder del movimiento sufragista, se refería así sobre la paz, en su libro *Una voz insurgente*: "(...) Habrá paz en Colombia, cuando las indolentes clases dirigentes quieran de verdad hacer la paz que se basa en la justicia social."

En los últimos treinta años, los grupos y los espacios organizativos de mujeres han dado prioridad a la situación de guerra y violencia que vive el país. En 1985, cuando la toma del Palacio de Justicia, suceso que el mundo presencié horrorizado a través de los medios de comunicación, los grupos de mujeres tuvieron una posición férrea contra la masacre que allí se dio. El Colectivo de Mujeres de Bogotá en su documento "*Una derrota a la vida*", afirmó:

"En nombre de la democracia, de las instituciones, de la justicia, de la defensa de los derechos de las colombianas y colombianos, se negó el derecho inalienable: la vida de quienes desde adentro clamaban por ella y a quienes desde afuera clamábamos porque se respetara..." y continúa: "Vivimos los hechos del Palacio de Justicia, amedrentados y amedrentadas e inmovilizados e inmovilizadas por una costumbre instaurada en la vida diaria, preparación para la muerte, canto de desesperanza, que cada vez más nos impide cantarle a la vida y a la libertad."

Algunas de las organizaciones y grupos de mujeres que en los años ochenta tenían un mayor énfasis en vindicaciones económicas y por el mejoramiento de las condiciones de vida, fueron transformando sus planteamientos hacia temas como los derechos humanos, la guerra y la paz. Desde mitad de los noventa comienzan a cobrar importancia las movilizaciones y acciones en favor del respeto a la vida y en contra de la guerra. Las mujeres y organizaciones se movilizan para denunciar las masacres, los asesinatos, los secuestros, las salidas violentas y guerrillistas, el impacto del conflicto armado en la vida de las mujeres y para demandar su participación en los procesos de negociación. Esta década termina con una amplia gama de organizaciones y grupos de mujeres que desde el ámbito nacional y regional realizan prácticas políticas y sociales de resistencia y demandan una salida política negociada al conflicto armado que vive el país.

En esta etapa, el feminismo se constituye en un actor político de paz, pero con debates y preguntas como: ¿Son las mujeres pacifistas por naturaleza? ¿Aman la paz por ser dadoras de vida? ¿Son indisociables feminismo y pacifismo?

Estos interrogantes han tenido diversas respuestas y han generado cercanías y distanciamientos entre los grupos y las organizaciones, algunas de ellas ligadas

a las posturas y a las concepciones del feminismo, a la interpretación de la realidad colombiana y a las posibles salidas al conflicto armado. Lo que se ha podido rastrear, aunque todavía falta trabajar en este sentido, es que a través de la historia las mujeres han sido opositoras a la guerra y defensoras de la misma, han participado en movimientos pacifistas y antibélicos y también han tomado las armas para hacer la guerra, incluso, algunas han ofrecido sus hijos al combate como lo hizo Simona Duque, quien entregó sus cinco hijos a las tropas de José María Córdova para llevar adelante la guerra de independencia.

Hoy como ayer se convoca a las mujeres para regir los destinos de las sociedades desgarradas por la guerra, se convierten en madres de dominio público al servicio de la patria, sanadoras en la retaguardia, desplazadas, militares, trabajadoras, jefas de hogar, mujeres que deambulan por el mundo buscando un pedazo de tierra en donde sus hijas e hijos puedan vivir en paz.

De manera casi general, las mujeres han entrado en el juego perverso de la cultura patriarcal. Si bien, el oficio del guerrero ha sido por esencia un oficio de varones, no se puede considerar que por el solo hecho de ser mujer se es defensora de la paz. Las mujeres también han colaborado con la guerra y como colectivo social

están en mora de de-construir los valores patriarcales que hacen de las expresiones de fuerza símbolos de prestigio y poder.

El compromiso de las mujeres con la paz tiene que pasar necesariamente por una reflexión sobre el papel que han jugado frente a la guerra y al guerrero. Por una parte, las mujeres han avalado la guerra porque han tenido que vivir de los dividendos que ella producía a padres, hermanos y esposos, pero por otra parte, a nadie mejor que a las mujeres les puede interesar la paz, en todas las guerras, desde siempre, las mujeres han sido constituidas en botín de los combatientes, en armas de guerra. El compromiso con la paz desde las mujeres, se afianza también en el respeto y la solidaridad con las futuras generaciones y con la persistencia de la vida en el planeta.

La paz desde una visión feminista va unida a la “conciencia de los problemas hondos y serios que un estado de paz conlleva. Una conciencia que no puede no informar la vida, los criterios, las perspectivas. Estar en estado de paz significa traspasar un umbral: el umbral entre la historia, toda la historia habida hasta el ahora y una nueva historia... La paz es entonces mucho más que una toma de postura, es una auténtica revolución, un modo de vivir, un modo de habitar el planeta, un modo de ser persona.”⁶⁷

2.2.4. Aportes del feminismo al movimiento social de mujeres.

Es un hecho político que el feminismo ha jugado un papel vital en el movimiento social de mujeres. El feminismo interpela los fundamentos del poder patriarcal sustentado en los servicios domésticos sexuales, reproductivos, económicos y emocionales desinteresados y no remunerados de las mujeres; analiza el carácter social y político de la explotación y subordinación de éstas a los varones en las formaciones sociales patriarcales, plantea la necesidad de buscar un orden simbólico nacido de las mediaciones femeninas y las relaciones entre ellas, independiente, en lo posible, del orden dominante.

El feminismo ha avanzado en la creación de nuevas categorías teóricas e instrumentos metodológicos en su intento por explicar cómo se han constituido, a lo largo de la historia y en las diversas culturas, las diferencias jerárquicas entre varones y mujeres, y cómo éstas se reproducen y transforman. Como nueva cultura, el feminismo es también un movimiento privado y público que va de la intimidad a la plaza, y que por momentos se organiza con mayor éxito para ganar pedazos de vida social y voluntades a su causa, establecer vínculos, y encontrar su sitio en otros espacios de la política.

Las prácticas políticas y sociales del feminismo dan nuevo contenido a la reflexión sobre la subordinación de las mujeres y al intento de realizar una propuesta global "desde las excluidas" para el conjunto de la sociedad. Éstas tienen un peso importante en la reformulación de los valores éticos, así mismo, plantean la necesidad de redimensionar y darle un nuevo sentido al amor, la sexualidad, el erotismo, la afectividad, es decir, construir formas de relación más humanas y respetuosas entre los sexos, las naciones, las etnias, las edades.

Propone incorporar explícitamente, no sólo las demandas de las mujeres, sino y al mismo tiempo, un conjunto de reivindicaciones para el ejercicio pleno de la ciudadanía, que tiene como efecto la ampliación del contenido y el ejercicio de la democracia, tratando de eliminar el carácter restrictivo del concepto de liberación social y política, enriqueciéndolo y haciéndolo extensivo a las mujeres y a otros grupos subordinados.

El feminismo pone en evidencia la falsa dicotomía entre la esfera de la producción económica -espacio público- y la esfera de la reproducción social y biológica -espacio privado- ámbitos aparentemente opuestos, no relacionados, en donde se da una división del trabajo según el sexo, el masculino al público el femenino al privado, que influye en la valoración social de cada ámbito y de los roles desempeñados por los varones y las mujeres al interior de éstos. Mientras en

el espacio privado se desvaloriza el trabajo de las mujeres, se las subordina a la autoridad masculina y se sacraliza el poder del varón, en el espacio público, de la política, el poder, las realizaciones culturales, el arte y la ciencia, se valora la presencia masculina y las mujeres no acceden en igualdad de condiciones y oportunidades.

El conocimiento y reconocimiento de la división de la organización social, lo privado para las mujeres lo público para los varones, permite al feminismo plantear: *lo "personal es político"* y romper con la vieja concepción de dejar por fuera de lo social y de lo político el espacio privado, que incluye el mundo personal de los sentimientos, de la sexualidad, del encuentro y desencuentro con el otro. Esta ampliación del concepto enriquece el análisis de lo público y lo privado y dota de contenido político las reivindicaciones referidas a transformaciones de la cotidianidad y del espacio privado.⁶⁸

El feminismo parte del convencimiento de que en la transformación de la vida cotidiana está la democratización de las relaciones socio-sexuales entre varones y mujeres, que la democracia se construye sobre la base de los cambios individuales y el compromiso personal con los procesos de transformación colectivos que atañen a la sociedad en su conjunto. Por otro lado, avanza en esclarecer, en el plano teórico y práctico, la necesidad de construir autonomía para las mujeres, proceso íntimamente relacionado

con la acción política de todo colectivo social subordinado y oprimido que decide rebelarse y además postular una nueva alternativa a la sociedad.

En este sentido, la identidad, la autoestima, la autoafirmación son formas de cobrar fuerza individual y colectiva, de formular proyectos colectivos integrales con el propósito de luchar por ellos, dándoles una fuerte proyección política e ideológica. Con la experiencia acumulada hasta el momento es claro que la autoestima y la autoafirmación son incompatibles con la autocompasión, la sumisión, la subvaloración, aunque, en más de las veces, coexistan prácticas y formas de vida ancestral y transgresora tanto en el ámbito individual como en el colectivo.

En su vindicación por encontrar un espacio más humano y digno para las mujeres, el feminismo se enfrenta a la búsqueda y la construcción de la autonomía, que en sus planteamientos políticos, ideológicos y organizativos tiene su ubicación espacio-temporal y es producto de la experiencia y el quehacer de las mujeres en el ámbito público y privado. La autonomía surge porque hay un conjunto de determinaciones históricas, económicas y sociales que llevan a plantear que además de las contradicciones de clase, existe la contradicción entre los sexos, propia de la sociedad patriarcal. La autonomía garantiza que las reivindicaciones y luchas de las mujeres no se desdibujen en las variadas contradicciones económicas, políticas

y sociales de nuestro país, ni se dejen para cuando se alcancen otras reivindicaciones y transformaciones generales.

La autonomía no significa aislamiento ni desvinculación de otros procesos y movimientos sociales. La autonomía es entendida como la capacidad para autodeterminarse en aspectos como el político, individual, afectivo, sexual, teórico, organizativo. Autonomía para definir estrategias, alianzas, reivindicaciones, construir espacios propios, identificarse como género y ganar conciencia colectiva. Autonomía para ver y dejar de ser en razón de los-as otros-as.⁶⁹

Se puede afirmar que el feminismo ha creado un espacio para la discusión de la situación de opresión y subordinación de las mujeres y sus posiciones han hecho posible el replantearse las relaciones socio-sexuales y el sentido de la democracia. La relación del feminismo con el movimiento social de mujeres y con otros movimientos y organizaciones no ha sido siempre fluida y fácil, ha estado permeada por desconfianzas y tensiones. Aún no se ha ganado una sólida identidad y seguridad en la formulación del proyecto político, lo cual lleva en muchas oportunidades, a posiciones defensivas y focalistas que restan importancia e impacto a la dimensión política y social del quehacer feminista.

El siglo XX terminó con un gran acumulado para el feminismo y con ganancias para

las mujeres. Sin embargo, lo obtenido no es suficiente, han cambiado las leyes pero no las costumbres y los simbólicos sobre el sujeto femenino, o los cambios han sido tan lentos que aun no son visibles. Se está lejos de construir la igualdad de oportunidades y la democracia paritaria, existen grandes colectivos de colombianas que viven y padecen la exclusión y la subordinación en todos los ámbitos de la vida pública y privada, aún queda un largo camino por recorrer. Sin embargo, como lo plantea Victoria Camps, “El siglo XXI será el siglo de las mujeres, ya nadie detiene el movimiento que ha constituido la mayor revolución del siglo que ahora acaba.”

En el siglo que se inicia las preguntas son: ¿Cómo deberá ser el feminismo en un país desgarrado por la guerra? ¿Podemos quedarnos en las mismas vindicaciones del siglo pasado? ¿Cuál es el nuevo discurso feminista que introduzca más diversidad en él y cuáles los espacios en los que las prácticas políticas y sociales deberán ser más subvertoras? Nunca el feminismo en Colombia se ha visto en la urgente e inaplazable tarea de producir pensamiento feminista y prácticas políticas y sociales que le permitan analizar, interpretar y entender una sociedad en guerra con la pretensión de cambiarla y desafiárla, conocimiento que deberá ser guía para la práctica política feminista.

Varios son los grupos y espacios organizativos que asumen en los últimos años esta

tarea, entre ellos se pueden destacar los Centros de Estudio en la Universidad del Valle, la Universidad Nacional y la Universidad de Antioquia, la Ruta Pacífica de las Mujeres, la Casa de la Mujer, la Organización Femenina Popular, Iniciativas de Mujeres por la Paz, Confluencia de Redes, Mesa de Mujer y Conflicto, Mesa de Mujer y Empleo, Mujeres Autoras Actoras de Paz, Mesa Nacional de Concertación, Red Nacional de Mujeres, Sisma Mujer, Corporación Vamos Mujer y Mujeres que Crean de Medellín, Si Mujer en Cali y Mujer y Futuro en Bucaramanga, entre otros.

Desde diferentes posturas teóricas y metodológicas se realizan estudios e investigaciones que tratan de dar cuenta de la situación de opresión y subordinación de las mujeres, del impacto de la violencia y del conflicto armado en la vida de ellas y de su exclusión de los espacios de poder. Y aunque se registra un avance significativo en la documentación sobre sus vidas, existen vacíos significativos en cuanto a la inclusión de las múltiples diversidades en la construcción de un proyecto político, en el cual se sientan representadas las mujeres afrocolombianas, las indígenas, las urbanas, las lesbianas, las campesinas, entre otras.

Ha sido la presencia de las mujeres en ámbitos diversos de los movimientos sociales y la auto-identificación como actoras políticas colectivas, lo que ha ido transformando su conciencia y sus roles tradicionales, incluso con la ausencia de una propuesta política feminista articulada. En Colombia como en otros países, el feminismo se ha fragmentado y ninguna organización o grupo en particular puede pretender hablar a nombre de las mujeres o representarlas. Existe un cierto acuerdo entre las organizaciones sociales de derechos humanos, los partidos políticos y las instituciones estatales acerca de la necesidad de transformar las situaciones de desventajas que viven las colombianas. Los esfuerzos colectivos de las décadas anteriores han dado como resultado el desarrollo de organizaciones de mujeres, la incidencia en las políticas públicas y en las instituciones, y la construcción de una nueva identidad colectiva como mujeres dotadas de autonomía.

